

## Los toltecas de Tollan

*Jorge R. Acosta\**

Tula de Allende, Hgo., tiene la prehistoria más envidiable de cualquiera de los pueblos precortesianos de las mesetas de la República Mexicana, exceptuando al referente a Tenochtitlán, como baluarte indio que defendió su cultura contra de los conquistadores españoles.

Conforme a su antigüedad, a Tula la podemos situar dentro de las culturas del centro de México, posterior a Teotihuacan pero anterior a Cholula, Tenochtitlán, Tlaxcala y Tenayuca.

En efecto, el florecimiento de Tula, podemos situarlo entre los años 873 y 883 D.C., fecha en que en los anales de Cuautitlán y la Relación Genealógica fijan respectivamente la fundación de Tollan por Quetzalcoatl y su destrucción entre los años 1064 y 1116.

Los antecedentes de la historia tolteca en Tula no existen, los tenemos que buscar en otra parte. Las fuentes históricas de que disponemos son los Anales de Cuautitlán (del año 1570) y la Historia Tolteca Chichimeca, escrita en el año de 1545, así como la meritísima obra del benemérito franciscano Fray Bernardino de Sahagún (Historia General de las Cosas de la Nueva España), escrita en náhuatl a raíz de la conquista. Fuentes secundarias para la historia de Tula son: La Historia de los Mexicanos por sus Pinturas, La Histoire du Méchique y La Relación Genealógica.

Pues bien, basándose en dichas fuentes históricas, encontramos los míticos orígenes de Tula dentro de un panorama tropical: la legendaria Teoachan que se ha ubicado en la parte del actual estado de Morelos. Ahí encontramos un jefe guerrero que más tarde se convierte en dios (Mixcoatl) cuyas huestes, al final de una serie de luchas, logra someter a los otomíes y conquistar una serie de pueblos del norte del Valle de México. Más tarde va hacia el sur del mismo valle y en Culhuacán encuentra una mujer, que naturalmente pertenecía a otra tribu distinta de la suya, lo que no fue obstáculo para que Mixcoatl y Chimalma, que así se llamaba tal mujer, tuviesen amoríos y como resultado de ellos un hijo llamado Ce Acatl Topilzin Quetzalcoatl. Chimalma muere en el parto y el pequeño Quetzalcoatl, es criado y educado por sus abuelos maternos. Toda su niñez y juventud se desarrolla en el actual Estado de Morelos, en un rincón cálido y rodeado de enormes montañas costadas a pico, llamado Tepoztlán. En este lugar Quetzalcoatl se inicia en los misterios de una cultura superior a la de su padre. El folklore de Morelos todavía guarda memoria de la infancia y juventud de Quetzalcoatl bajo el nombre de Tepoxteco.

Quetzalcoatl crece y con la ayuda de sus soldados, junto con los mercenarios otomíes que pudo conseguir, sigue la tradición de su padre y se dedica a conquistar pueblos hasta que llega

\* Instituto Nacional de Antropología e Historia.

al Valle de Tula, donde funda la ciudad de Tollan en el último tercio del siglo noveno. Después la historia es bien conocida. Quetzalcoatl crea la más formidable tradición de que tenemos noticia en los anales de nuestra historia. Funda la gran urbe religiosa que actualmente se conoce con el nombre del “Tesoro” y establece los fundamentos de una nueva religión; gracias a su acuciosidad y conocimientos se elabora en Tula la cultura tolteca.

La base de su gobierno radicaba en el nuevo culto (el culto de la serpiente emplumada) que establecía, del cual él era el supremo sacerdote y que dio lugar a una teocracia cuya influencia trasciende primordialmente al terreno del arte. La religión aquí, como en todos los pueblos precortesianos, es la leche materna de las producciones artísticas.

Poco a poco, sobre la meseta que queda al norte del río Tula, se empezó a levantar una ciudad de ensueño, concebida sobre un plan de magnificencia para ser digno de los dioses y también para impresionar a las gentes con el poderío de su iglesia. Se levantaron enormes y suntuosos templos para honrar a los dioses, había grandes canchas para practicar el sagrado juego de la pelota y lujosos palacios para los gobernantes.

En medio de tanto lujo vivía Quetzalcoatl, pero un día se sintió muy triste y enfermo. Un extranjero anciano que supo del mal pidió audiencia. Ya en presencia del sacerdote le dijo que la única manera de aliviar sus males era tomando pulque. Quetzalcoatl en un principio se negaba a tomarlo, pero después de la primera jícara, continuó bebiendo con deleite. El anciano al mismo tiempo que le hacía beber pulque le conminaba a que abandonara sus dominios y fuera a Huehuetlapallan, al sur, a la tierra colorada donde Dios le estaba esperando.

Los enemigos políticos de Quetzalcoatl aprovecharon esta muerte de debilidad de su parte para desprestigiarlo ante el pueblo y lograron provocar un descontento interno. En 1895, conforme a las crónicas, Quetzalcoatl, abrumado y avergonzado de su debilidad, emigró con algunos de sus más fieles discípulos y después de atravesar la Sierra Madre Oriental llegó a la costa

del golfo y se embarcó en una balsa bajo la promesa de volver un día.

En la actualidad, en Tula, solo contamos con dos representaciones o retratos de Quetzalcoatl; el primero está esculpido en uno de los segmentos de pilar que se encontraron durante las exploraciones; el segundo, se encuentra esculpido en bajo relieve sobre la roca del Cerro de la Malinche, en donde además, está una fecha conmemorativa.

Varias crónicas yucatecas, principalmente el Chilam Balam de Chumayel, hablan de la llegada a Yucatán en 987, de gentes extrañas procedentes del centro de México bajo el mando de un sacerdote: Kukulcan, serpiente emplumada (Quetzalcoatl). Aunque existe cierta confusión en las fechas (112 años es un tiempo demasiado largo para la peregrinación), no hay duda que estas gentes extrañas eran de Tula. Una vez en Yucatán, Quetzalcoatl y los discípulos que lo acompañaron influyen profundamente sobre la cultura maya y de la fusión de estas dos grandes culturas brotó el esplendor de la nueva era en Chichen Itzá, la cual es una formidable combinación de la vieja cultura maya injertada de la distante cultura de los toltecas de Tollan.

El esplendor de Tula dura poco. Los toltecas, gentes refinadas y cultas, no se preocuparon sino por vivir bien, se dedicaban únicamente al arte y a la religión, amén de otras sodomías. Estaban gobernados por una teocracia que de pronto dio al traste con la economía y la estabilidad política de la nación. Los sacerdotes calentaban los baños religiosos con maíz cuando el pueblo carecía de él para su subsistencia. Sucedió entonces lo inevitable. La profunda desigualdad social, el aumento de las clases parasitarias y el descontento del pueblo dieron origen a las necesarias guerras intestinas, precisamente cuando estaban siendo invadidos por tribus semisalvajes y guerreras. Poco a poco se infiltraron estas nuevas gentes, primero en son pacífico, más tarde en forma de quinta columna y finalmente declarando la guerra.

Todas las crónicas coinciden en dar el nombre de chichimeca a las gentes que destruyeron la ciudad de Tula. La arqueología ha demostrado que tales chichimecas no son sino un grupo

de aztecas; ésta es pues la primera noticia que tenemos de ellos en el centro de México.

La guerra fue funesta para los toltecas, estando ellos acostumbrados al confort y al lujo, difícilmente pudieron estar a la altura para poder defenderse contra gentes avezadas en el campo y en la guerra, como eran los aztecas, gente bárbara, cruel y sanguinaria, cuya historia esta plagada de guerras, sacrificios humanos y plagios culturales.

Y sucedió lo inevitable, como a todos los pueblos que registra la historia del mundo (Grecia, Tebas, Roma y otros países que en la actualidad han sido focos de cultura): cuando de pelear se trata, con países guerreros y salvajes por antonomasia, demuestran la amarga experiencia de su ineptitud para las armas.

Así, el pueblo de Tula, refinado y culto, no fue enemigo de cuidado para los aztecas. Los sacerdotes toltecas contagiados por el pánico popular, no vieron otra forma mejor de sucumbir con honra que de enterrar todos sus tesoros artísticos y destruir, ellos mismos, hasta donde era posible, su propia ciudad y huir, llevándose como único patrimonio de su pasada grandeza, su cultura y el recuerdo de una gran ciudad.

La destrucción de Tula ocurrió según los Anales de Cuautitlán y la Relación Genealógica, en el año de 1064, 285 años después de su fundación, durante el reinado de Huemac, el último gobernante de Tula, muerto en 1070.

Todas las fechas relacionadas con la historia de Tula, han sido tomadas de las crónicas ya mencionadas. Últimamente, el Sr. Jiménez Moreno, uno de los investigadores más destacados de la actualidad, ha propuesto una nueva interpretación de las fecha indígenas, basándose sobre la hipótesis de que los toltecas contaban sus años conforme a la manera mixteca. Según esta nueva conjetura, hay que agregar uno o dos siglos indígenas o sea 52 o 104 años a cada una de las fechas de las crónicas. La nueva cronología propuesta por el Sr. Moreno coloca la fundación de Tollan entre 977 y 987 y su destrucción en 1168. El abandono de Tula por Ce Acatl Topilzin Quetzalcoatl ocurrió así en 999. Estas fechas están mucho más de acuerdo con los últimos datos hallados durante las exploraciones;

además encajan mejor en la cronología de Chichen Itzá, que como hemos visto, está íntimamente relacionada con Tula.

Con la caída de su capital, se dispersaron los toltecas, formándose pequeños grupos independientes que fueron a poblar diferentes regiones de Morelos, así como Cholula y Tehuacán. Otros fueron por Veracruz. Un grupo, quizá influido por el recuerdo lejano de Quetzalcoatl, emprendió una larga peregrinación hacia el sur y llega a Yucatán en el año de 1194.

Los acontecimientos posteriores de este grupo son bien conocidos. Huanac Cel, gobernante de Mayapan, con la ayuda militar de ellos derrotó a sus enemigos de Chichen Itzá y de Itzamal. En recompensa por los servicios prestados en la guerra, Chichen Itzá fue entregada a los toltecas, quienes enseguida empezaron a transformar la ciudad maya imponiendo nuevos estilos arquitectónicos. Trataron de reproducir en Yucatán una semblanza de su lejana patria.

Mientras tanto, los aztecas, una vez dueños de Tula, se establecieron a la orilla de lo que hacía poco fuera la ciudad más elegante y culta del centro de México. Las piedras labradas de los templos y de los palacios se arrancaron para utilizarse en las nuevas habitaciones de los invasores.

La ocupación azteca duró hasta la llegada de los españoles, cuando se inició un nuevo saqueo de la zona con el fin de sacar material para la construcción para la iglesia y demás edificios del nuevo pueblo.

Desgraciadamente las ruinas de Tula han sido continuamente saqueadas desde el siglo XII. Primero por los aztecas, después por los españoles y ya en fechas más recientes, por los buscadores del codiciado e hipotético tesoro. Al fin de cuentas, no se ha encontrado ningún tesoro, pero el daño hecho a los edificios ha sido enorme e irreparable.

Ya a fines del siglo pasado, el ilustre viajero y explorador francés Charnay hizo las primeras exploraciones arqueológicas en las ruinas de Tula. Dichas exploraciones se llevaron a cabo más bien a base de entusiasmo que con técnicas, y por lo tanto adolecieron de todos los de-

fectos de la época. En el año de 1934 el Sr. Mújica y Diez de Bonilla, en representación oficial, hizo un reconocimiento de la zona, llevando varios monolitos al Museo Nacional.

Fue en 1940 cuando el Instituto Nacional de Antropología e Historia —dependiente de la Secretaría de Educación Pública— comisionó al arqueólogo Hugo Moedano y al autor de este artículo para emprender una extensa exploración de las ruinas, conforme a un proyecto estudiado de antemano. También han colaborado en las investigaciones el arqueólogo Alberto Rúz, el Sr. Ramón Galí, estudiante de arqueología, y el antropólogo Felipe Montemayor.

Los hallazgos hechos durante los cuatro años de trabajo han sido esplendidos, muy por encima de nuestras esperanzas. El trabajo fue difícil y costoso debido al estado de destrucción en que se encuentran los edificios, muchos de los cuales casi ya no existen. Ha sido gracias a los últimos adelantos en lo que se refiere a técnica de exploración, que se pudieron reconocer y salvar muchos e importantes datos que a primera vista no eran fáciles de observar.

Como ya se ha hecho la descripción detallada de todos nuestros hallazgos en otras publicaciones, en las presentes líneas nos limitaremos a trazar un corto resumen cualitativo de algunos de éstos.

Se trabajó en cuatro diversas estructuras: un palacio azteca en bastante buen estado de conservación (situado al noreste de la zona); una gran cancha para el juego de la pelota, que aunque sumamente destruida se limpió por completo de escombros y se reconstruyó de manera parcial; así como un pequeño adoratorio situado en el centro de la plaza principal (en parte destruido por las exploraciones de Charnay) que también se consolidó y se reconstruyó. La estructura de mayor importancia explorada hasta ahora es el “Edificio B”, vulgarmente conocido bajo el nombre Pirámide de la Luna, y que en realidad estaba dedicado a Tlahuizcalpantecuhtli, manifestación nocturna de Quetzalcoatl. Se trata de una pirámide de cinco cuerpos que originalmente ostentaban tableros profusamente decorados con representaciones de águilas, zopilotes, tigres y de un ser mítico. Desgraciadamente, de

estos tableros no queda más que un pequeño tramo en el lado norte de la pirámide. Todo lo demás ha desaparecido; quizá el material lo utilizaron los aztecas en la construcción de sus propias habitaciones. Originalmente existía un gran templo sobre la plataforma superior de la pirámide y al parecer los mismos toltecas lo destruyeron antes de su fuga. No se explica de otra manera el hecho de haber encontrado los grandes ídolos, los pilares y columnas del templo enterrados dentro del relleno de la pirámide. Lo que más ha llamado la atención, han sido los cuatro gigantescos ídolos o cariatídes, cada uno de 4.60 metros de altura y un peso aproximado de 12 toneladas. Los pilares y columnas, preciosamente esculpidos, tienen la misma altura y su función arquitectónica consistía en sostener el pesado techo del templo. Una vez terminado el trabajo de exploración y reconstrucción de esta pirámide, todas estas piezas serán armadas otra vez sobre la plataforma superior de la estructura.

Circundando la pirámide por el lado norte, está un precioso muro decorado por ambos lados con grecas y una representación policromada de Tlahuizcalpantecuhtli (una serpiente devorando a un ser semidescarnado). Sobre el muro hay blancas almenas que representan caracoles marinos cortados transversalmente. La función de este muro o Coatepantli fue esencialmente religiosa.

También se encontraron numerosas esculturas menores con representaciones humanas. Algunas de ellas estaban colocadas originalmente en la parte superior de la pirámide o sobre los ángulos de Coatepantli. Otras figuras, con los brazos levantados, correspondían al templo superior y sostenían el altar interior. Desgraciadamente varias de las esculturas están mutiladas, pero la mayoría conserva aún restos de los colores con que estuvieron pintadas cuando estaban en uso.

En resumen, los hallazgos en Tula han sido sorprendentes, tanto por la alta calidad artística de los objetos, como por su grandiosa concepción estética. Razón tenían los aztecas de emplear la palabra “tolteca” como sinónimo de “gran artífice”. Por eso ha sido tan urgente emprender trabajos de exploraciones arqueológicas en las

ruinas de Tula, para salvar lo que queda de estas joyas arquitectónicas y protegerlas contra el vandalismo de los buscadores de tesoros. Una de las obligaciones del gobierno federal, es el conservar los restos de la grandeza de nuestros antepasados, pues es bien sabido que el presente y el futuro de los pueblos solamente puede entenderse con relación a su pasado.

Hace cuatro años existían tres grandes zonas arqueológicas de turismo en la República Mexicana: Chichen Itzá en Yucatán, Monte Albán en Oaxaca y San Juan Teotihuacan en el Estado de México. Pero ahora tenemos una nueva zona: Tula, Hidalgo. Está llamada a ser uno de los principales centros de turismo de la nación. Hasta ahora todos los gastos los ha hecho la federación y es menester que el gobierno del estado y los mismos comerciantes y habitantes de Tula, colaboren en la medida de sus posibilidades, ya que al fin de cuentas, son ellos quienes recibirán los beneficios del turismo.

